

El librito de la niña Azul



PARA ROSANA 7 años
MI PARASITO

Rossana Durán

El librito de la niña Azul

© 2019 Rossana Durán

© 2019 Ediciones Clandestino, primera edición

Primera edición, Cuernavaca, Morelos, 2019

Edición: Rocato

Formación y diseño: Laura Xóchitl Arriaga

Se prohíbe todo lo que se prohíbe

Impreso y hecho en México

L'enfance a des manières de voir, de penser, de sentir qui lui sont propre; rien n'est moins sensé que d'y vouloir substituer les nôtres.

Jean-Jacques Rousseau

La infancia tiene sus propias maneras de ver, pensar, sentir, nada es menos razonable que querer reemplazarlas por las nuestras.

Para los niños de la Nueva Tierra
que están abrazándonos con su luz.

A mis adoradas hijas Ana y Paula, que
me enseñaron a respetar la libertad
del Ser y amarlas en el desapego.

A Luis, mi primer compañero, su
padre, gracias por compartir contigo
nuestro crecimiento y despertar.

A Marc, mi pareja, por mostrarme la
paciencia y el amor incondicional.

Y a ti Carmen por creer en este librito.

Querida Carmen

Agradezco que me invites a caminar
junto a ti en este nuevo viaje.

Si me interesa compartir contigo el mapa
que fui creando desde chiquita sobre
la vida, la enfermedad y la muerte.

¿Cómo mostrarte las piezas de este
rompecabezas? Lo más natural es que
empiece desde el principio; el tiempo
pasado me servirá de trampolín para
volar contigo al eterno presente.

Memito

Soy Rossana, hija de Betty y Rubén. Tengo cuatro años. Mi hermanito seguramente ya nació, pero no recuerdo ni sus llantos ni su carita. Me he sumergido en un océano de caricias de seres invisibles. Siento su compañía y la dulzura que emana de la tinta negra y el carbón.

Me gusta acostarme boca abajo sobre la alfombra de mi casa para dibujar y dibujar hasta que pare la música, el sol me acompaña creando un triangulito de luz donde quepo yo con mis colores y cuaderno. No existe nada más, sólo la voz de la divina Sara Vaughan –tus armónicos Sara me transportan a un bosque encantado.

Caminé hasta los siete años con Memito de la mano, mis padres accedían a completar mi mundo mágico trayéndome un plato extra de sopa, galletas o dulce para mi amigo. Él y

López, mi muñeca de plástico, de esas que nacen con calcetines y zapatitos puestos, alumbraban mi camino –desde una colina veo la cara triste y ausente de mi madre, Billie Holiday, Nina Simone, y Aretha Franklin nos han unido en silencio mientras fluye la música y yo me voy enrollando en el laberinto de mis trazos.

7 años

Mi primer contacto con la enfermedad fueron los nervios de mi madre. Un día de escuela todo se eclipsó en mi casa; un dolor sordo invadió las habitaciones y de golpe me vi aterrizando en el planeta, encontrando a mi paso, enfermeros y a mi papá arrinconado susurrando con un hombre de bata blanca. María y Félix, nuestras simpáticas empleadas llevan sus manos a la boca y yo comprendo el terrible secreto, Betty quiso morir tragándose un frasco de pastillas.

Tengo 7 años, choco con la lavadora y los muebles de la cocina, no encuentro mi lugar, siento que Memito fue absorbido entre las máquinas de lavar; descubro a mi paso una casa silenciosa que duerme.

Blanco refrigerador, verde olivo, amarillo haba, alfombra violeta, lanuda y cálida.

Aquí estoy yo mirándome, no sé si realmente respiro, pero sé que estoy aquí.

¡Ay! Memito, te fuiste para no volver, sólo quedo yo con López, mi dedo pulgar de la mano derecha es mi nuevo acompañante, lo chupo tanto que se ha vuelto cabezón.

Soy una niña feliz a pesar de ver a mi mamá casi todo el día dormida con una hermosa gabardina y sus botas negras, nuestra gatita a su lado es parte de ese paisaje.

Mi sentido de pertenecer a una familia es vago, vivo en un sueño y juego representando el papel que me toca.

Engaño a María y a Félix diciendo que ya me bañé, meto la cara y un mechón de cabello a la regadera para nortear; un vaso de chocolate con leche, enfrijoladas y tiempo de ir a dormir. Soy feliz de tener una cama, mi recamarita tiene una ventana que mira al cielo, y yo dejo a propósito las cortinas recorridas para que me vean de alguna estrella y bajen por mí.

D.F.

Vivo en ciudad de México, son los años sesentas y lo más lustroso que veo desde la ventana del comedor es el coche Galaxy de mi papá; silba desde la calle para que lo saludemos y verlo arrancar, ama los carros bonitos y conducir todo el día.

Ciudad de México es para mí un club muy grande que me muestra su lado más amable, mi colonia es la Anáhuac y mi calle se llama Bahía de Coquí. Vivimos en el último piso de un edificio pequeñito y contamos con la terracita en alto, ahí el cielo siempre nos abraza a los seis.

Soy hija de la gran ciudad no cabe duda, me muevo como pez en el agua, pareciera que soy una mujer adulta que domina su paso por las calles y avenidas, nadie en casa sabe todo lo que hago en la calle, es como si no existieran, no pienso en ellos, me siento feliz.

Vicky, la gringuita de la planta baja está un poco loca, le encanta salir desnuda a su patio para ser vista, yo me río de ella y de Bárbara su mamá, dos mujeres rubias muy peculiares. Tomo mi patineta de madera y salgo a surcar la calle de Bahía de Corrientes, con toda mi

energía la veo color magenta con olor a grosella; mi destino es llegar de bajadita a la fábrica de helados Regios y comerme a sorbetazos una inmensa paleta helada por 50 centavos. Todos los comerciantes de las bahías me conocen, y don Pepe, el viejo de la tiendita de la esquina, cada que puede me truenos los dedos cuando subo mis manitas a su mostrador.

La vieja y la niña

Yo soy la vieja y Betty es la niña, nos sentamos junto a la jardinera del edificio, observo las florecitas violetas mientras mi madre me dice que no le gusta esta vida, yo asiento con la cabeza y quiero conectarme con ella, pero su mirada me traspasa, siempre hay algo en la lejanía que es más fuerte que yo y todos en casa.

—Mamá la vida es bonita, ve estas florecitas preciosas, ¿por qué no puede sonreírles?

– ¡Ay! mi hijita, yo me siento tan culpable contigo y tu hermanito, los he dejado mucho tiempo solos.

–Eso no importa mamita, quiero verte reír nuevamente, te quiero mamá, y tu vecina la cubana desea que tomes cafecito con ella; la vecina nos sonríe del edificio de enfrente.

Mientras observo sus finísimas facciones y cabello tan largo y sedoso, sé que mi casa no es esta, algo muy lejano como a Betty me impulsa y me anima y me hace sonreír.

La escuela

Hice de mi escuela mi segunda casa. Fue la primera escuela activa que hubo en México, Manuel Bartolomé Cossío se llama, y yo acepto estar en su sistema Freinet. Somos muy pequeños, pero sabemos la diferencia que existe entre otras escuelas y la nuestra;

mis compañeros y maestros formamos parte de una gran colectivo.

Pepe, el director, es igualito al Dr. Elefante de las aventuras de Astro Boy, su nariz es grande y yo me pierdo en sus venitas rojas, frente a mi banca el cabello rubio y largo de Claudia capta siempre mi atención; es un arcoíris de amarillos, los otros niños son realmente hermosos: ¡Enrique, Eugenia, Alex, Surya, Daniel, Willy y su gemelo Manuel! Descubro con dicha mi amor por la belleza, alzo la vista y me veo flotando por todo el salón.

Mi universo personal es pequeñito pero muy poderoso. El olor de mi piel me ancla a la silla, mientras la maestra Tere nos explica cosas bonitas, yo me inclino sobre el dorso de mi mano izquierda y respiro profundo, su aroma es delicioso, es un buen escondite cuando deseo desaparecer.

Llegué a mi escuelita Freinet por causa del destino. Mis padres me habían inscrito en una primaria en la avenida Ejército Nacional, a unas cuadras de la casa. Mrs. Turners School era el lugar donde cada lunes llegaba a cantar el Himno Nacional, con mi cola de caballo engomada con limón y mi uniforme reluciente. No entendía que hacía yo en esa caja gris sin árboles, pero muy orgullosa de ostentar su alto nivel de inglés.

Kike era el niño con chispa al que siempre veía con sus simpáticas pecas en la nariz, los demás no existían.

Un día sonó la campana para indicar el fin del recreo, yo estaba exhorta debajo de las escaleras que conducían a los salones, pegando los timbres impresos en mi pequeño álbum de filatelia; cada ciudad, cada flor o pajaritos eran deliciosos a mi vista y tacto:

– ¿Rossana que no has escuchado la campana para subir al salón?, preguntó una maestra mal encarada.

– ¡Ah! ¿No perdón?, empezaba a levantarme cuando vi una mano de garra arrastrando mi álbum:

– ¿Por esto no escuchas? Agarró el álbum con fuerza y lo partió por la mitad, mi mundo se rompió a pedazos, sólo pude ver mis zapatitos mojados; me había orinado.

Sentada con la mirada perdida en el salón, alcancé a escuchar los gritos de mi padre llamándome: Rosaaaana Duráaaan, Rossaaaana Duráaaan, a medida que se acercaba eran más fuertes y estremecedores, mi corazón empezó a palpar de dicha, no estaba sola, había alguien que comprendía mis motivos y mi silencio, era Rubén, entró

de un brinco al salón y me tomó con fuerza la mano –vámonos mi hijita, ¡ya pasó!

Chela

La maestra Chela es bajita y sus inmensas caderas son la danza de la vida, es la pareja del maestro Pepe, muy unidos y muy disparejos físicamente; veo en esa mujer chaparrita de uñas respingadas a una madre siempre presente.

Mis compañeritos y yo trabajamos afanosamente en los salones, unos en la imprenta, otros en la cooperativa, a mí me encanta vender tortas en el recreo, pero Chela aunque no se vea, está presente en todo, ¡es la capitana de la escuela!

Blanco–negro, lleno–vacío, vida y muerte.

Qué bueno que la maestra Tere me da cuadernos blancos para escribir, así lisitos y

sin rayas que delimiten el espacio, me ayudan a ocupar mi propio lugar en el vacío.

No paro de dibujar y hacer caricaturas en mis cuadernos, presto relativamente atención a los maestros, pero me gusta seguir el hilo de la clase inventando formitas, en la orillita del cuaderno; reacciono cuando Tere, Pepe o Maru nos indican algo importante que hay que anotar.

Pepe es un actor carismático, nos hace reír y llorar a los niños, combina sus historias personales con las materias que da con docenas de artefactos para impresionarnos, pero para mí, su nariz, es lo más espectacular.

Los días se apagan con la despedida del sol, y la música reaparece.

Sara, eres la voz de la tierra, me sumerjo en su tibieza como barro en el brazo de mi madre

que permite mi contacto, la pluma azul y el papel se inclinan hacia mí y dibujo un cuento.

La princesa de las montañas

Me llamo Azucena, mi cabello es rizado y naranja, tengo cientos de caireles que te animan cuando los ves frente a ti; son espirales por donde puedes entrar, no hay principio ni fin, sólo estoy yo viendo las montañas de mi reino, el sol palpita frente a mí y calienta mi cuerpo. Sonríó a los pajaritos y a las flores, yo soy una flor, ve mi vestidito, son pétalos que se mecen al compás del blues –tu mamá es tan bonita como yo, ella te escucha pero no sabe decirlo.

Salió el sol

Ha pasado más de un año, mi mamá está mejor, sonrío tímidamente, no deja de tejer y escuchar su música.

Betty es la cocinera más excelsa que he conocido; nos da de comer a todos y se retira a su cuarto.

Tuvieron que darle electro shocks disque para estabilizarla; pobrecita, se acerca y me dice que ya casi ni se acuerda de su nombre; me encanta su ironía, es como una niña grande y muy bonita. Yo permanezco en otro plano observando lo que acontece en este pequeño universo.

Mi casa silenciosa ha logrado que yo nada más me vea a mí misma, sólo las risas de María y Félix me sacan de mi mundo interior. Son dos hermanitas que ríen mucho, se reparten el trabajo de casa, pero también desaparecen cuando pueden; no veo tampoco a mi hermano ni a mi papá por ningún lugar.

A menudo soy guiada a mi closet, busco la oscuridad para sentir que existo, me acurruco

entre los zapatos y vestiditos y permanezco inmóvil, mis ojos se cierran y llego a una toma de agua, la llave es dorada y de ella emana una sustancia luminosa que fluye despacito y silencia mi mente; siento la dicha de expandirme más allá del closet, de mi cuarto, y de la enfermedad de mi madre, su nombre es éter.

La camioneta

No sé cómo logra mi mamá despertarnos para ir a la escuela, y ver que bajemos medio dormidos, todavía de noche, con mochilas, loncheras, y muertos de frío a la calle; pero a las 7 en punto llega la camioneta “2” abriendo su puerta para nosotros, y ese es el inicio del amanecer; la Combi viejita de color naranja es mi mundo social sobre ruedas y todo se vuelve luminoso cuando entramos de un brinco Rubén y yo a la lata de vestiduras

negras, y vemos a nuestros respectivos amigos sentaditos en sus asientos.

Hablamos y reímos mucho, nos aplastamos unos contra otros en las curvas y el chofer acepta nuestra alegría.

Cuando queda tiempo para observar, clavo mi mirada en la alargada nariz de Alex desde mi asiento trasero, donde tengo la suficiente perspectiva para maravillarme de su bellissimo perfil.

Cómo me gusta fijarme en la nariz de la gente, me muestra algo muy recóndito, una dicha que se concentra en ese instante.

Rubén y Betty

La mesa redonda del comedor empieza a cobrar vida mientras escucho la historia de mis padres, y descubro con asombro a mi

papá: es muy divertido y gesticula mucho con las manos.

Mis padres se conocieron en una fiesta en la ciudad de México, Betty mi mamá fue invitada por su amiga, la otra Betty, a pasar una semana de vacaciones a México.

Ambas trabajaban en New York, mi mamá en el departamento de contabilidad de un gran almacén llamado Neiman Marcus.

Mi papá dice que cuando la vio aparecer en el departamento de su amigo Chalo, quedó deslumbrado por su belleza, mi mamá sonríe, ella es naturalmente elegante y muy estilizada, puedo imaginarla vestida con ese traje sastre azul, su chongo y zapatillas de tacón.

Mi papá se emociona contando, y Rubén y yo reímos al saber que le pidió se casaran por correspondencia, no podía arriesgarse a

perderla, ella accedió a la petición, y seis meses después llegó a vivir a su lado. Lo primero que hizo mi padre fue mirar sus piernas, pues ya se la había olvidado que forma tenían.

Mi hermano Rubén

Rubén tiene 3 años menos que yo, pero somos buen equipo jugando en la calle. Se ha creado un grupo de seis niños; los Casillas son tres hermanos muy traviesos y son los permanentes. Bote pateado me encanta pues nuestra calle se vuelve una maqueta en donde cada niño descubre su escondite secreto. Somos libres, sudamos mucho, reímos como locos en cada juego, y descubro con admiración la inocencia de mi hermanito; al parecer será muy alto de grande, pero ahora el tamaño de su cabeza es desproporcional a su cuerpo; los Casillas le han puesto de apodo “el huevo” y a mí “el ratón”, yo a Claudia le digo “el pollo”.

Cuando llega el viernes y hay una buena película en el cine Ariel o Polanco nos vamos en caravana los seis, pues están cerquita de casa, y yo aprovecho para vestirme de mujer; me gustan las medias caladas y peinar mi cabello como una cortina partida en dos hacia delante, ya tengo diez años pero sigo chupando mi dedo por las noches.

Rubén

Rubén es una ráfaga de energía amorosa que entra y sale y se desvanece en mi campo vital; como mi hermano y yo vive en la calle.

Por las noches entra en mi cuarto a taparme bien y darme un beso muy dulce en la nariz, el cariño que recibo de mi padre es suficiente para estar agradecida con la vida, nada me falta porque sé que me acompaña en mi mundo invisible.

Algunos domingos por las mañanas él prepara hot-cakes para el desayuno, y luego invita a sus hijos a su cama, diciendo que es la clase de dibujo: ¡se acuesta al centro y nos da un block de papel y lápiz a cada uno que yacemos acostaditos a su lado, hace un garabato en la hoja de cada uno y nos pide que saquemos algo de ahí en un minuto! La excitación que siento es como un sol que entra haciendo remolinos en la habitación, verlo dibujar perfiles a mil por hora me maravilla; ¿cómo puede sacar una cara de un garabato?

Yoro

Yoro es el aire en mi vida, se desliza entre el clóset de mi cuarto, la recámara de mis padres, la azotea de mi edificio, y el pequeño cubo de cielo que contemplo en mi refugio.

Yoro es una pequeña aldea al norte de Tegucigalpa, es el oasis que mi mamá busca cada año para tomar fuerza.

No entiendo cómo estamos de pronto mi hermano, Betty y yo arriba de una avioneta sobrevolando la cordillera hondureña.

Ella no para de pellizcar al piloto, mientras grita despavorida que nos vamos a estrellar entre los pinos; Rubén me voltea a ver con ojos de cómplice, me sonrío como diciendo –hay Rossana, ¡nuestra madre está loca!

No puedo evitar oírla y reírme de los disparates que dice. Abajo, la familia, espera con tiempo nuestra llegada, al tiempo que el tío Fredy espanta a las vacas con su Pickup, para que podamos aterrizar en esa inmensa llanura verde.

Cuando nos bajamos del pequeño avioncito, el aire tibio nos golpea juguetonamente en la cara, mi vestidito se abomba como un hermoso paraguas azul, y la risa loca de mis primas y tíos me abraza con grandes manos de tierra roja y húmeda.

He salido de mi ratonera, aquí todo se abre, se mece en el susurro de la vida respirando. No puedo creer que todos ellos sean mi familia, son tan felices, hablan muy chistoso; me dicen: ¿ajá vos? Y yo me río ante semejante desplante.

Observo como mi mamá empieza a transfigurarse.

Qué sensación de alivio sentir que mis hombros están libres de su peso; aquí hay muchos que la contienen, y yo me abandono a ejercitar todos mis sentidos, no debo perder tiempo, estoy en el no tiempo.

La hacienda de la abuela se llama Riverside, y el camino que conduce a la casita blanca de tejas, está lleno de palos de naranja, nosotros los niños, bien agarrados en la Pickup, brincamos al unísono para atrapar alguna, pero toronjas también.

Llega la noche y todo cae como un velo ultramar, cientos de estrellas nos muestran la luz nocturna, el murmullo del río y de los grillos es apenas perceptible, el silencio de la tierra que duerme nos apaga los ojos.

Al día siguiente

Betty se subió al caballo sin silla de montar, grita la tía Camencho

– ¡Ay!, esta muchacha, a ver si no se rompe la cabeza, chilla mi abuelita.

El tío Fredy que es el consentido de todos, vocifera: ahí viene Juana Gallo, ¡abran paso!

Todos los niños percibimos en un instante el espíritu indómito y salvaje de mi madre, la escena nos dura hasta la tarde, y mi abuelita aprovecha para contarnos las peripecias de su negrita, la única morena entre sus tres hijos rubios.

Su mamá vivía arriba de los árboles, les tiraba piedras con su resortera a los cipotes (muchachos) que querían acercársele. Algunas noches teníamos que buscarla muy preocupados, pues se salía dormida al río, pero eso sí, muy bien arreglada con el vestidito nuevo de Molly, para luego volver toda mojada a meterse a su cama...jajaja reíamos los niños asustados, mi mamá nos miraba asombrada y mi abuela a ella; ay! Betty, vos nos parabas.

Las tardes en Yoro son amenas, los adultos toman café en tazas pequeñas de diversos colores. El olor del puro del abuelo llega desde el porche hasta la salita de madera de nogal donde nos encontramos, qué miedo me da ese hombre altísimo, vestido de color marrón como su piel y su inmenso puro; me alegra que las mujeres de la casa lo eviten, es alguien que no encaja en el grupo.

Los invitados

La gente del pueblo sabe que Betty llegó a Yoro y los más cercanos a la familia llegan por las tardes, quieren verla y a nosotros también. Les fascina oír hablar a los mexicanitos, no paran de reír con los chistes que cuenta Rubén, a mí me asombra como puede memorizar tantos y contarlos con total desenfado; el tío Fredy es su principal admirador y promotor, los caballerangos hasta le hacen un círculo

para que no escape; sus risas llegan hasta la casa donde las amigas de mi abuelita, casi todas viejitas, se disponen a jugar pokino.

Leonor, la cocinera, y fiel compañera de Adela, arregla una mesa improvisada en la salita con diminutas tacitas de café y galletas horneadas por ella; las señoras sólo pasan diciendo una a la otra: ¿ajá vos? Yo me siento en una esquinita a observarlas, es un circo colorido, cada una lleva un vestido llamativo que las mismas costureras del pueblo, las hermanas Meza, le confeccionó a cada una, y a mí también.

Los días en Riverside transcurren en la liviandad y el ritmo natural de las cosas.

Estoy en medio de la naturaleza rodeada de animalitos. Me encanta escuchar a los gallos cuando aparecen los primeros rayos de luz; arropada entre las mantas sé que estoy sola, mi

delgado cuerpecito es una buena compañía, me acurruco en la camita del cuarto verde que Adela me asignó, y escucho la voz de la Tierra, la voz de mi madre.

¡A desayunar!

El aroma a leña quemada y café, penetra despacito por las recámaras, todos corremos a la cocina a ver que se está fraguando en la vieja estufa de leña. Pupusas con frijolitos, café con leche, y grandes jugos de naranja para los niños. Llenamos la inmensa mesa del comedor con vista al gigantesco nogal, el guardián del río.

Soy parte de todos, pero busco escaparme con mi madre, la tierra roja. Los granos de café de la finca son parte de la familia. Don Juan y los trabajadores los ponen a secar en planchas de concreto muy grandes, me sumerjo y revuelco en ellos, están tibiecitos, los hago caer por mi cabeza y hombros, siento su vida.

Visito los potreros y camino entre inmensos pasteles de caca de vaca, su olor es agradable, los toros cebú, con sus grandes jorobas me miran de perfil –qué linda piel agrisada tienen, pero no me acerco demasiado; las gallinas y pollitos viven más cerca de la casa, y veo como Leonor recoge huevitos para la cena.

Cuando el sol comienza a despedirse, la luz ámbar me refleja la belleza de ese instante; los trabajadores están despulpando al café fresco arriba de un viejo molino de madera, el aroma de la fruta roja penetra por toda mi piel y quedo tocada para siempre.

Las niñas

Carmen María, Beatriz y Claudia son mis tres primas hermanas; ellas y yo tenemos el mismo tipo de frente y la nariz parecida. Son inmensamente desparpajadas, y su mamá,

mi tía Camencho, ríe siempre a carcajadas. Amo acostarme con ellas en la cama de mi tía, plagada de revistas, siempre al acecho las cuatro de una nueva receta de cocina.

Todas tenemos el mismo signo del Zodiaco, somos leo, así presumo, que por ello me siento tan bien en su compañía, es como estar con mi manada.

Aunque todo es bonito aquí, hay algo que me causa mucha angustia; alguna tarde del mes, sacrifican a un puerquito para cocinarlo, oír sus llantos porque le han cortado las orejas antes de ejecutarlo es insoportable para mi corazón, llora como un niño chiquito, me tapo las orejas lo más que puedo y me encierro en el baño; no comprendo por qué hacemos esto los humanos, sé que es un error en nuestra mente y lloro más fuerte que el puerquito.

México

Comienza el nuevo ciclo escolar, la lonchera roja con su delicioso olor a nueva, me anima a volver a la escuela. Cuadernos nuevecitos, goma de migajón, lápices de colores; también mi falda del uniforme es otra talla, voy a estrenar suéter y zapatos, siento mucha alegría de ver otra vez a mis amigos, me siento más fuerte, traigo dentro de mí a una nueva amiga: la naturaleza.

Escuela Manuel Bartolomé Cossío, aquí también cantamos los lunes el Himno Nacional, Pepe ve que juego con otros niños y viene a tomarme del brazo para que dirija al coro como director de orquesta; su actuación me ha parecido excesiva, no veo que llegue la hora del recreo para poner mi crítica en el periódico mural.

Aquí todos los niños contamos y tenemos voz propia, los viernes se hace la asamblea y se lee el periódico: las felicitaciones, los me gustaría, las críticas y la columna donde los maestros escriben también.

Cuando miro sentadita, alrededor de niños magníficos, caigo en la cuenta que sé el nombre y apellido de todos mis compañeros, ellos también saben el mío y mi pasión por dibujar.

La despedida

Se está cerrando el ciclo escolar y me siento triste. Denisse mi gran amiga me toma de la mano en la camioneta, y me pide le haga arañitas que suban y bajen por su antebrazo, a cambio, me dará su sándwich de queso cebollín.

Mis mejores amigos los cuates Manuel y Willy, en plena clase, me pasan un papelito

para que dibuje un Batman; hacemos entre ellos y Enrique, nuestra competencia secreta. Surya tiene una letra preciosa, como a mí, le gusta hacerla redondita y expresiva.

Los de sexto ya no vendremos más a la escuela, y en mi salón, todos lloramos por no ver más al maestro Pepe, su carisma nos ha traspasado.

Siento la dicha de haber crecido y seguir avanzando, sin embargo vivo por vez primera un nuevo sentimiento en mi corazón, se llama incertidumbre.

La música

No sé qué es seguir adelante, mi cueva amorosa está quedando atrás, no es tan importante la nueva escuela, sólo deseo dibujar, jugar y deslizarme en mi patineta. Sigo chupando mi dedo y López me acompaña.

Cuando la incertidumbre me quiere cubrir como una sombra, Ray Charles, Ella Fitzgerald, John Coltrane y Billie Holiday, llegan en mi auxilio; mis amigos del jazz y el blues saben cómo cobijarme, lo han hecho desde el principio; su voz colma mi ser de alegría y su llanto es una oda de gratitud por la vida. Yo sólo puedo decirles gracias.

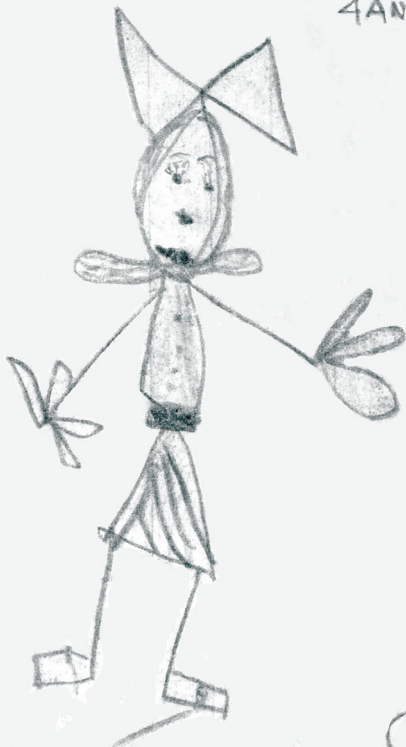
Un día, llegó desde otra línea temporal una amiga, se acercó y me abrazo muy fuerte, me dijo: yo soy tú y tengo 63 años, te amo.

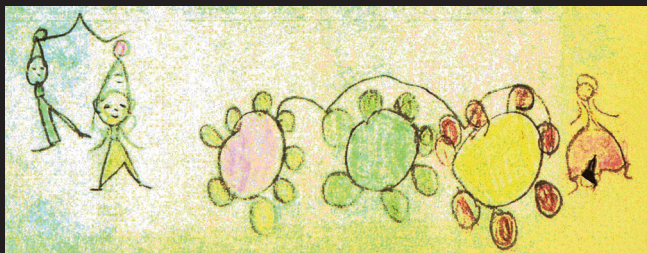
Nota del editor: Dibujos realizados de los cuatro a los siete años por la autora de los textos.

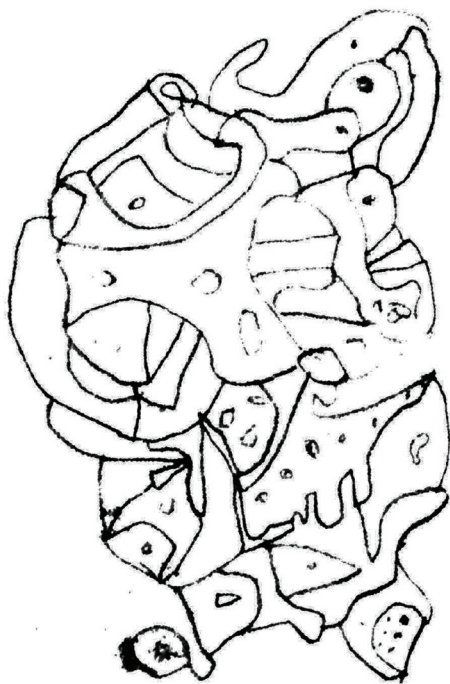




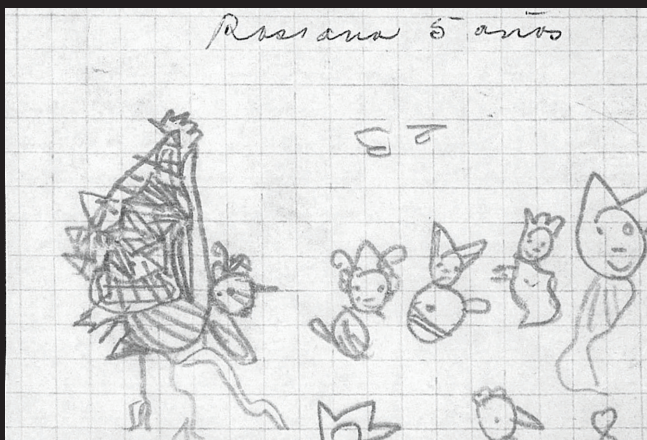
ROSSANA
JULIO 1960
4 AÑOS

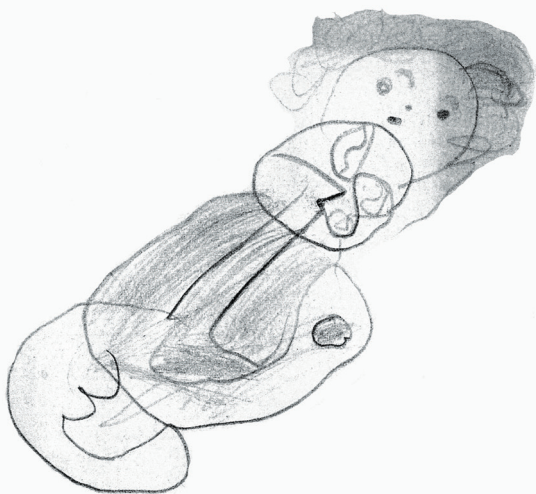






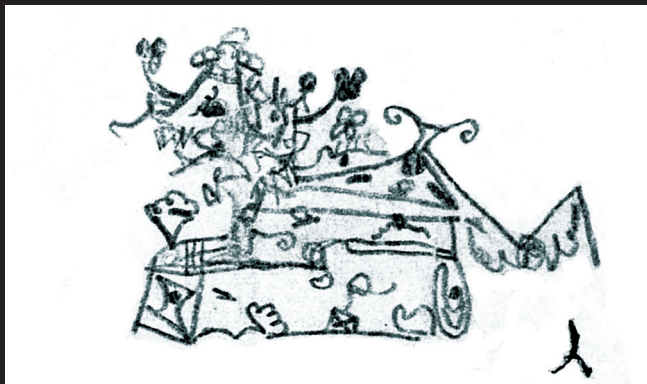
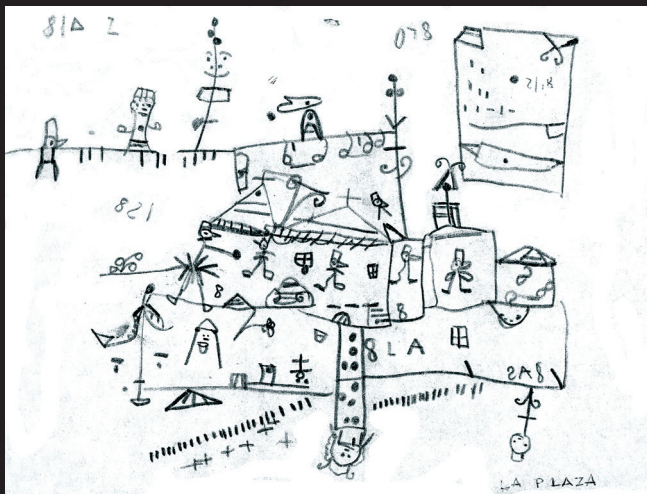
ROSSANA DIC. 1959

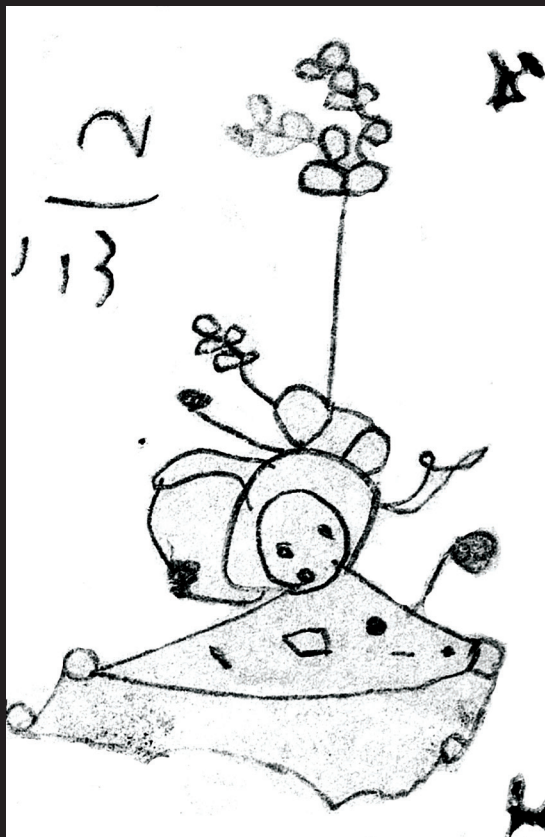


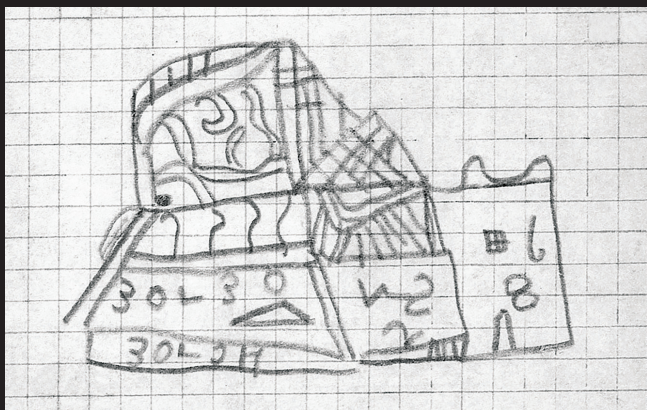
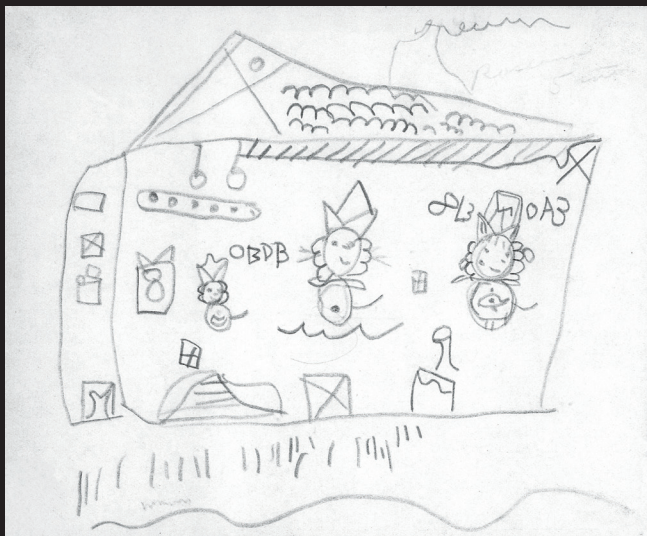


ROSSANO 1959
Die 4 años

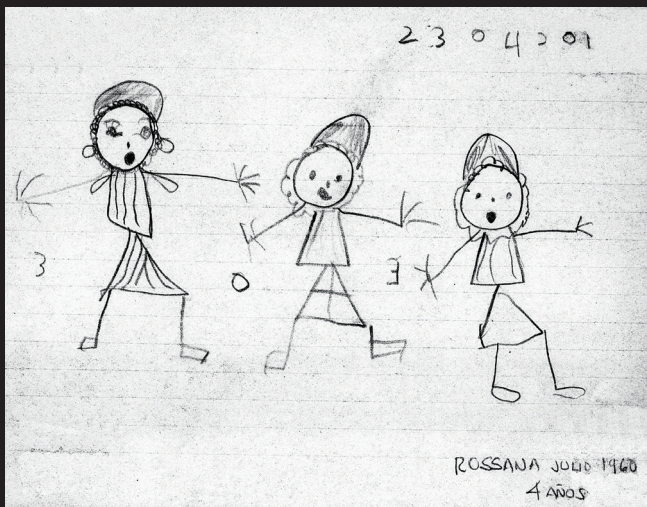




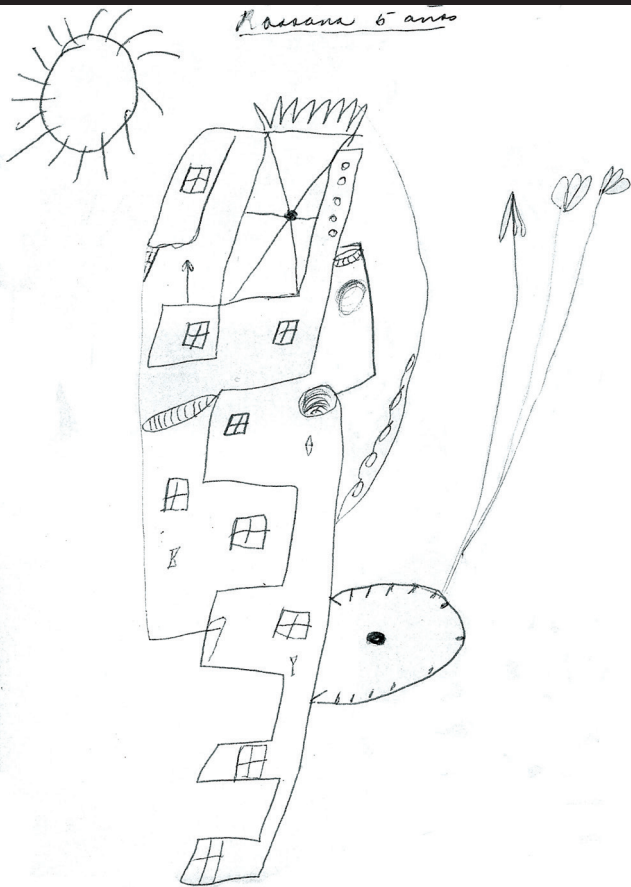


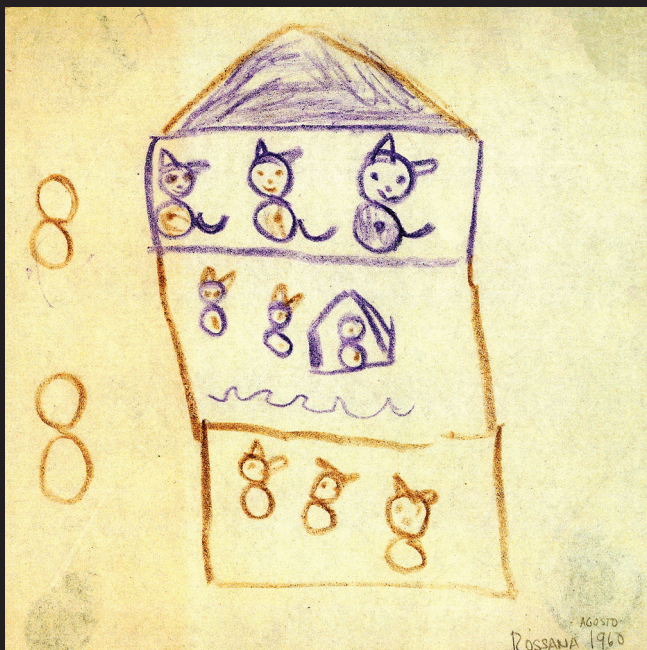




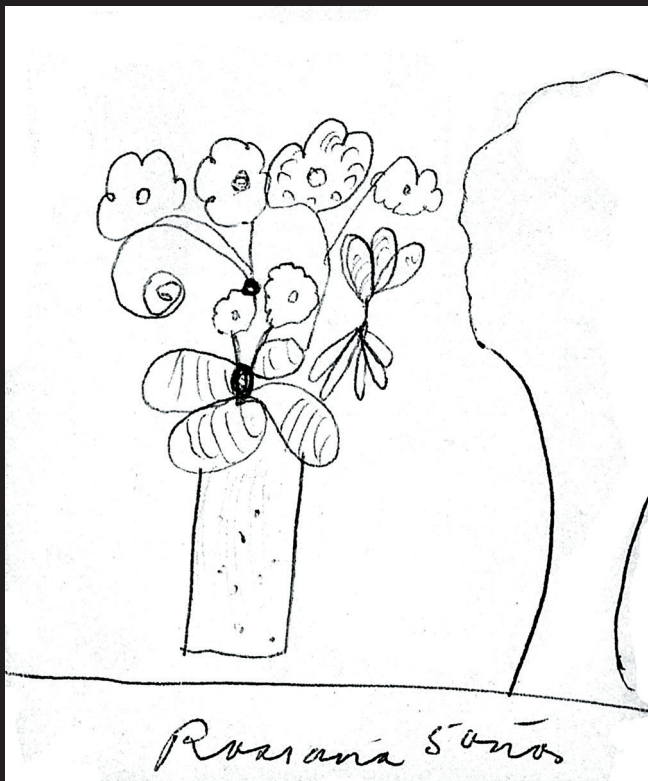


Kaiana 6 anos



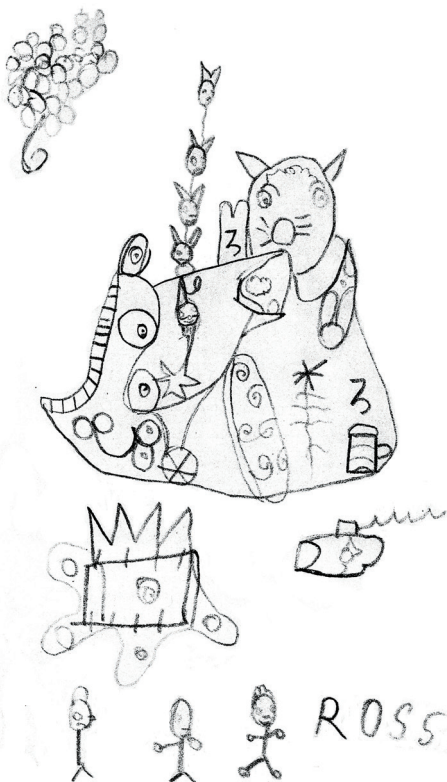






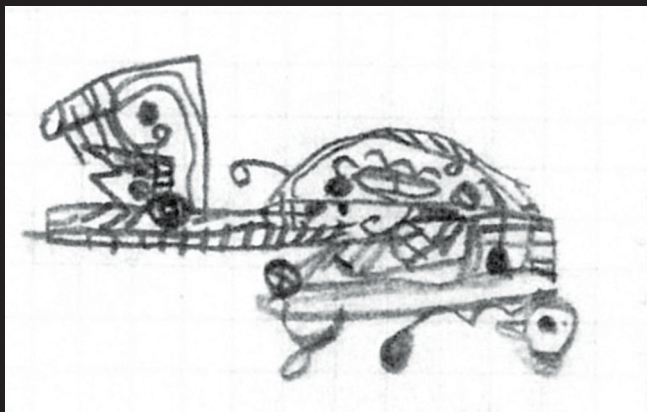
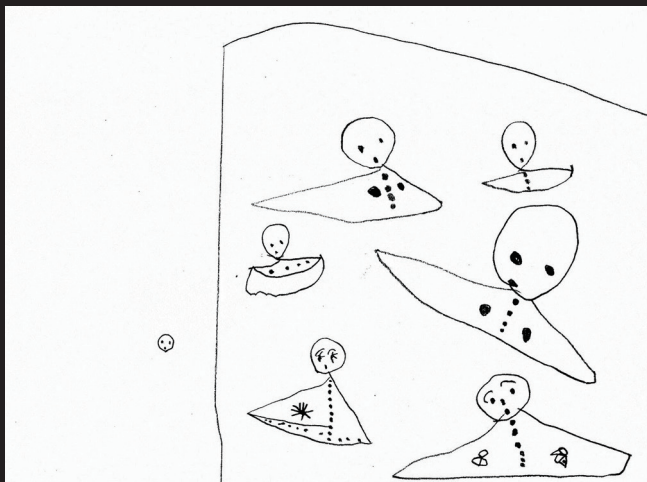
Rosana 5 años

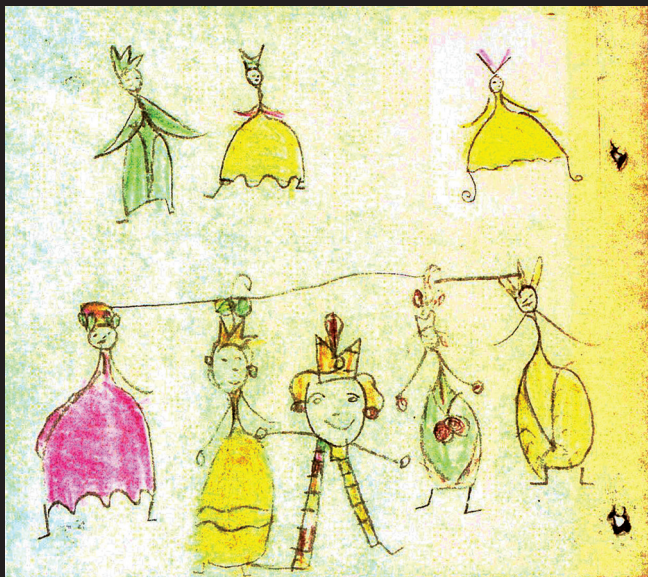
Rossana 5 años



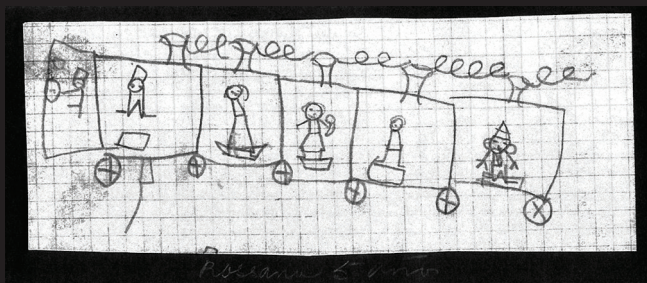
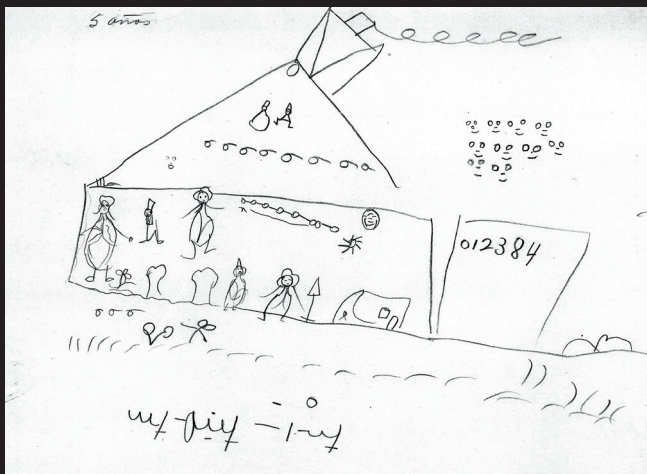
cuatro retratos de Rosaura y Ruchén en homenaje

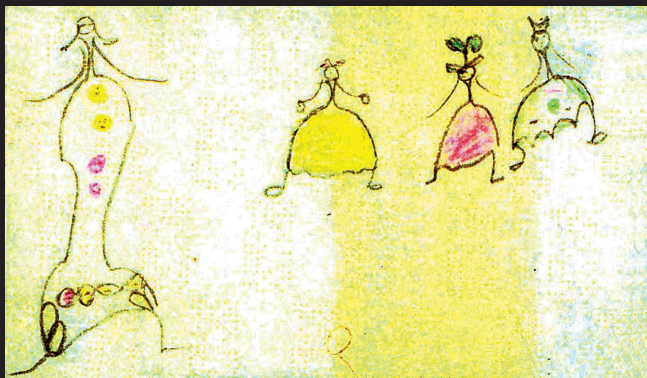
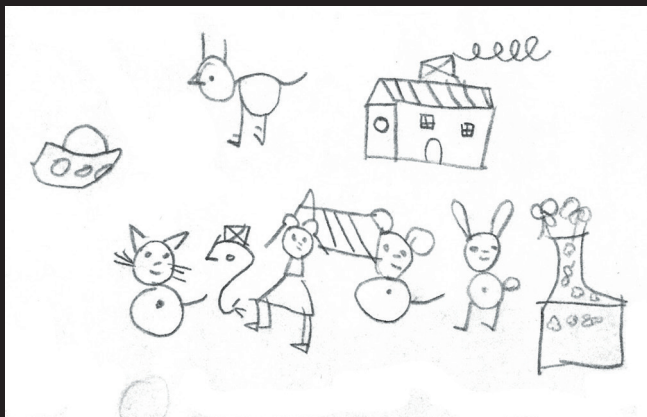




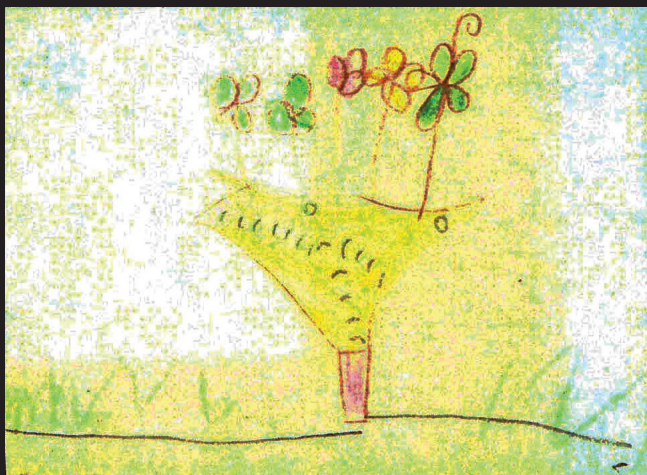


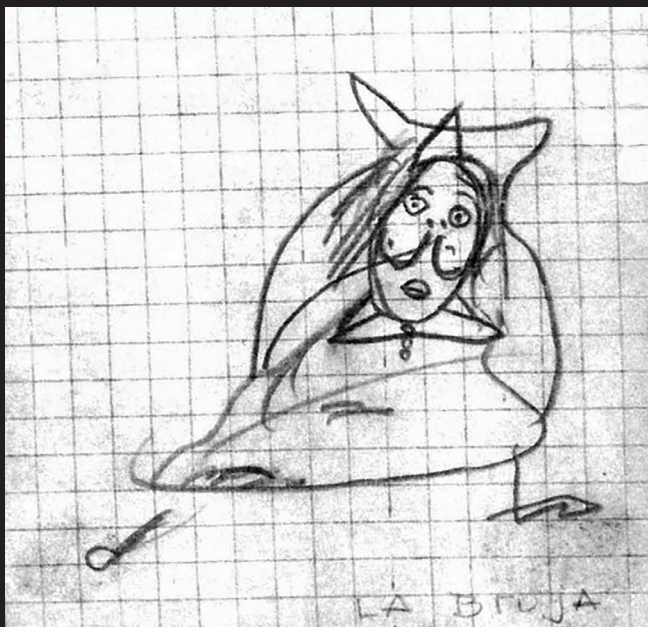




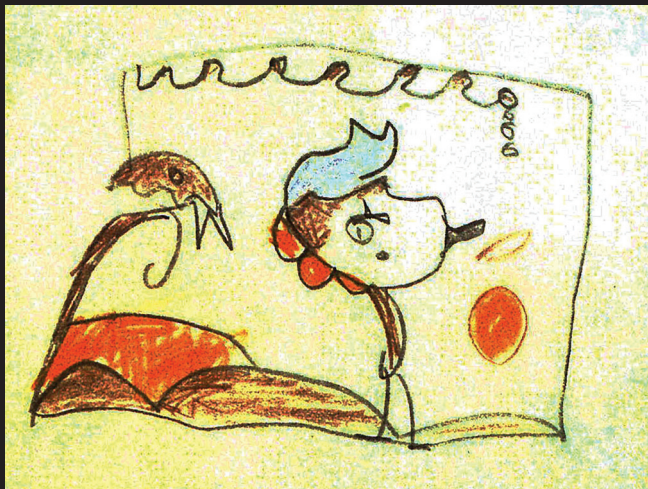


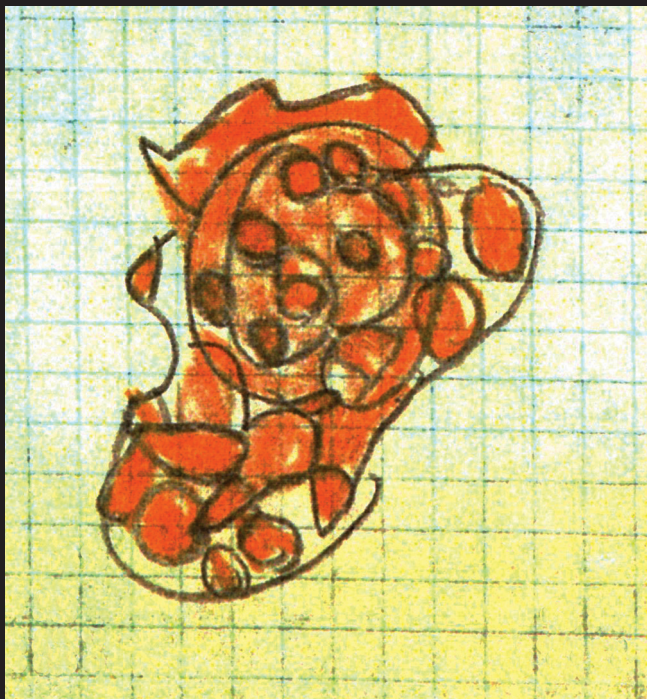


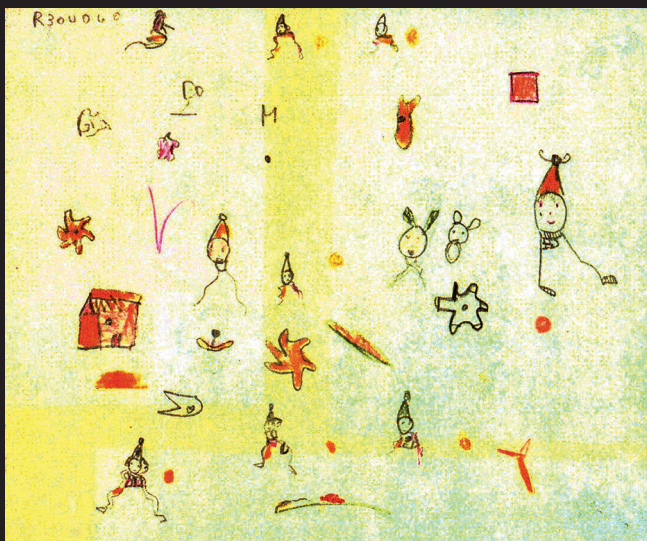






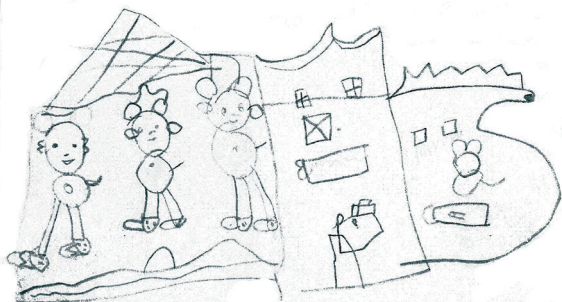


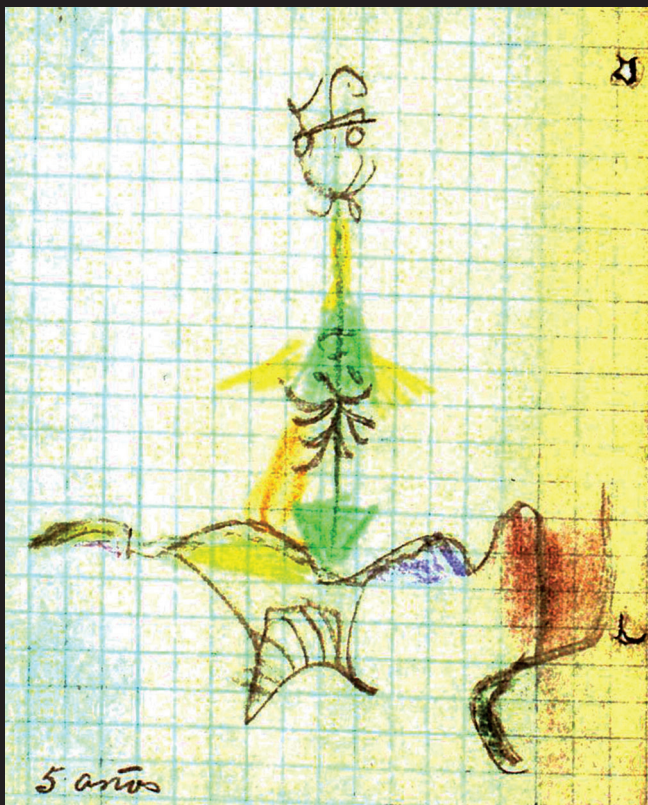




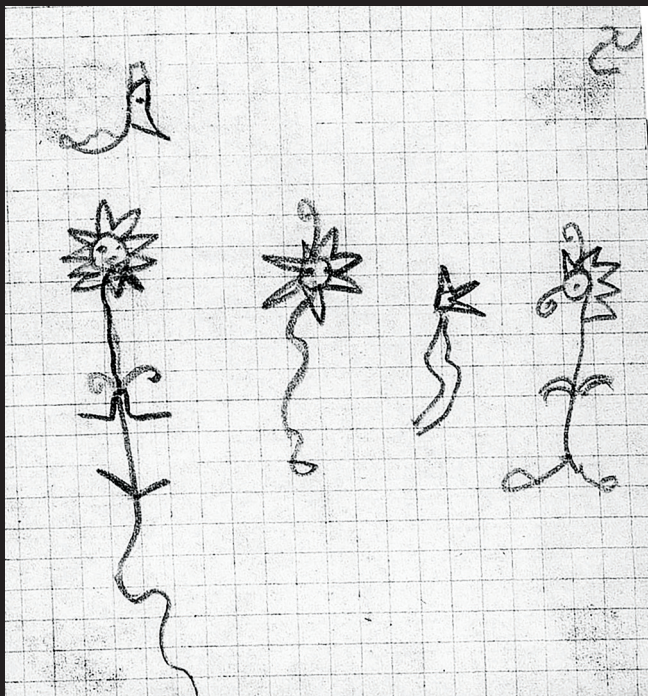


Rossana 5 años

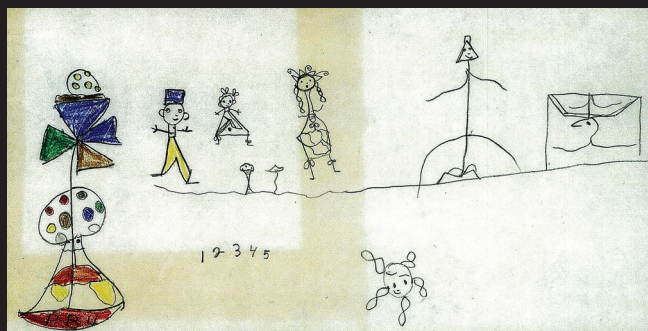
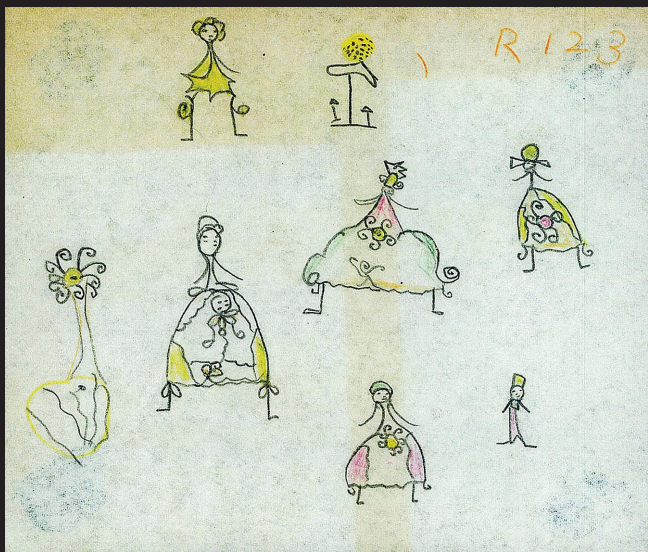






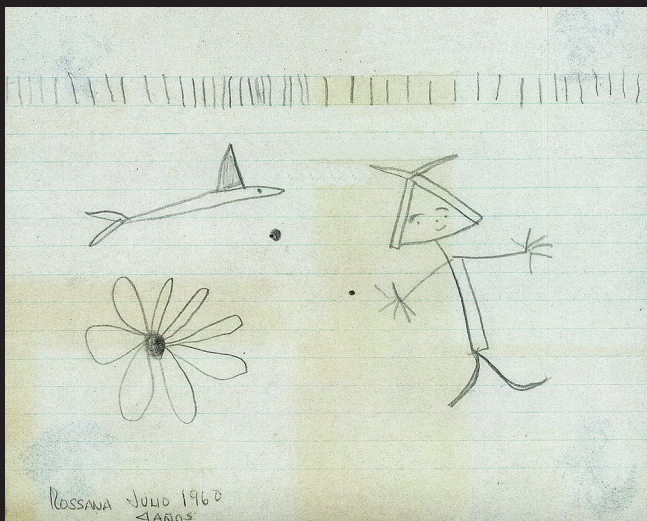




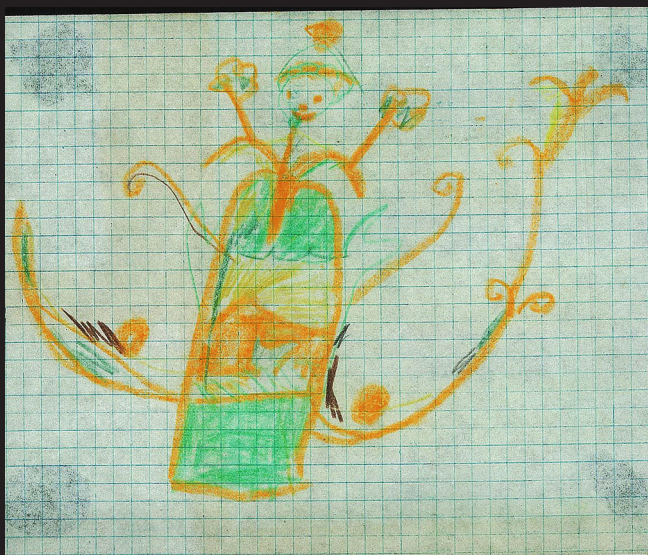


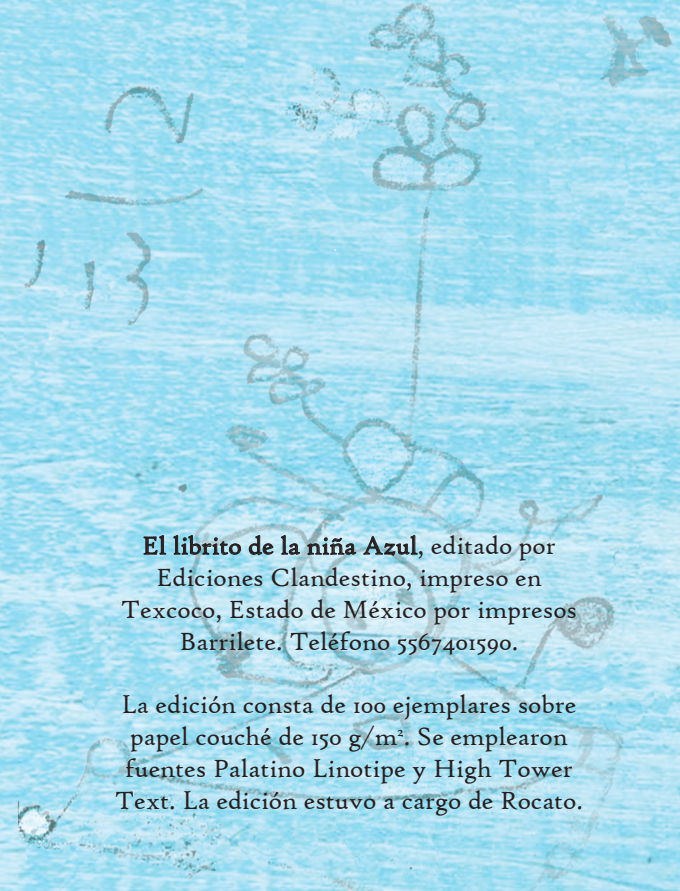






ROSSANA JUNO 1960
4 AÑOS





El librito de la niña Azul, editado por
Ediciones Clandestino, impreso en
Texcoco, Estado de México por impresos
Barrilete. Teléfono 5567401590.

La edición consta de 100 ejemplares sobre
papel couché de 150 g/m². Se emplearon
fuentes Palatino Linotype y High Tower
Text. La edición estuvo a cargo de Rocato.